



Enseñanza e Investigación en Psicología

ISSN: 0185-1594

rbulle@uv.mx

Consejo Nacional para la Enseñanza en
Investigación en Psicología A.C.
México

Aguilar Jiménez, Efraín

Una variante del carácter cultural

Enseñanza e Investigación en Psicología, vol. 10, núm. 1, enero-junio, 2005, pp. 191-207

Consejo Nacional para la Enseñanza en Investigación en Psicología A.C.

Xalapa, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29210113>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

UNA VARIANTE DEL CARÁCTER CULTURAL¹

A variation of the cultural character

Efraín Aguilar Jiménez
Universidad Autónoma de Chiapas²

RESUMEN

Este artículo trata de la construcción de una variante del carácter cultural con base en la teoría de las necesidades psicológicas de Erich Fromm y en el carácter social por él desarrollado. Se describen algunas diferencias entre carácter y personalidad y, luego de revisar brevemente la teoría frommiana sobre el tema, se mencionan los fundamentos teóricos y conceptuales necesarios para la elaboración del carácter cultural. Este será una herramienta para estudiar las necesidades psicoculturales de algunos grupos étnicos en Chiapas.

Indicadores: Carácter cultural; Teoría de las necesidades psicológicas; Grupos étnicos.

ABSTRACT

The cultural character is proposed as a theoretical tool in order to study alternative orientations for the satisfaction of psychocultural needs in ethnic groups. This type of character is based on Erich Fromm's social character theory and takes into consideration some of the psychological needs resulting from the contradictions of human existence. Differences between the concepts of character and personality are discussed, and the cultural character is described on the basis of historical and cultural backgrounds.

Key words: Cultural character; Theory of psychological needs; Ethnical groups.

¹ Este artículo es resumen de los marcos teórico y conceptual del proyecto *El carácter cultural de la etnia zoque de Tuxtla Gutiérrez* que realiza actualmente el autor, quien agradece la generosa orientación de los Dres. Sonia Gojman y Salvador Millán, del Instituto Mexicano de Psicoanálisis, A. C.

² Unidad de Salud Mental "San Agustín", Secretaría de Salubridad y Asistencia, Km 8.5 Carretera Tuxtla-Suchiapa, Tuxtla Gtz., Chis. (México), tel. (961)655-80-91, correo electrónico: eaguilar@correo.unam.mx. Artículo recibido el 16 de junio de 2004 y aceptado el 25 de enero de 2005.

La descripción de los tipos de carácter y personalidad, social y culturalmente considerados, contribuye a la comprensión de cómo funciona una cultura o una sociedad, pues la investigación del carácter individual en términos de sus relaciones con el carácter del grupo social se convierte en el conocimiento y análisis de las normas que regulan la asignación de papeles sociales, así como los requisitos funcionales que modulan el acceso y circulación de los individuos dentro de los grupos de acción y sus relaciones con otros grupos. Todo ello opera sobre el individuo bajo la forma de estados psíquicos concretos, motivaciones, situaciones emotivas y valores que dotan de significado al comportamiento de cada individuo y su grupo sociocultural.

La literatura psicológica y antropológica posee trabajos ya clásicos de investigaciones que describen tipos de personalidad, como la básica de Kardiner, la de personalidad de estatus de Linton, la del carácter nacional y otras más realizadas en culturas occidentales y tradicionales, como las de Malinowski, Bateson, Mead, Dubois, Lowie, Benedict, Gorer, Erikson y Devereux, por citar algunos (cfr. Esteva, 1978). Todos estos trabajos han hecho aportes relevantes en su momento y se han depurado con el tiempo. Uno de ellos ha sido la investigación de Fromm acerca del carácter social en un poblado del estado de Morelos, realizada con Maccoby en los años sesenta (Fromm y Maccoby, 1970).

El presente artículo trata de la construcción teórica de una modalidad del carácter cultural y se basa en la teoría frommiana. Antes de pasar al tema en particular, es preciso hacer algunas aclaraciones relacionadas con los conceptos más importantes.

CARÁCTER Y PERSONALIDAD

En términos generales, el carácter (lo sociocultural) y el temperamento (lo biológico) son los ingredientes principales de la personalidad. Mientras que el carácter puede ser compartido, la personalidad es única, peculiar, personal. Sin embargo, algunos caracterólogos identifican personalidad con carácter, y hacen de éste el centro de aquélla. Su enfoque difiere de quienes ven el carácter como un aspecto más de la personalidad, como su aspecto expresivo. Según Filloux (1989), la caracterología es teóricamente diferente de la personología; por lo tanto, es necesario distinguir la personalidad del carácter ya que se oponen dos puntos de vista en sus postulados.

Diferencias entre carácter y personalidad

Para el caracterólogo, la individualidad está hecha de un conjunto de rasgos, unos más importantes y otros menos, que, agrupados, forman tipos a los cuales puede reducirse cualquier individuo. Al contrario, el personólogo es sensible a la función integradora que es la personalidad, por lo que la hace una totalidad. Por otro lado, el caracterólogo tiende a hacer del carácter algo estático, espacial, invariante, una especie de estructura sobre la cual lo demás viene a injertarse; es decir, una naturaleza. Al contrario, el concepto "personalidad", tal como lo emplea la personología, es en esencia histórico; la personalidad es historia, nunca íntegramente definida ni definitiva, y el problema de la vida personal no puede resolverse sino desde una perspectiva evolutiva, por lo que intentará construir un esquema conceptual apto para hacer figurar todo el desarrollo del individuo.

El caracterólogo casi no es sensible a las fuentes del comportamiento; más bien, lo es a las modalidades generales y recurrentes, que son precisamente los rasgos; el carácter se presenta como un conjunto de expresiones de elementos periféricos. Con la idea de personalidad se tiende, por el contrario, a considerar los factores dinámicos de la conducta, las motivaciones, los complejos centrales; esto es, el aspecto secreto, no inmediatamente saliente, de la individualidad (Filloux, 1989).

Así, donde la caracterología ve estabilidad, invariantes de conducta, rasgos, la personología buscará fuentes, historia, integración. Una trabajará más como retratista; la otra, como historiadora. El caracterólogo no le prestará atención a la personalidad-historia; si emplea el término "personalidad", será como sinónimo de carácter puesto que lo hace algo estable, algo que cae dentro de una tipología. Pero una psicología de la personalidad no ignora el carácter: da importancia a los rasgos, al personaje aparente; no subestima el interés por los tipos y los métodos biográfico y de autoestimación.

La forma como se aborda el problema del individuo refleja la divergencia fundamental. La caracterología se acerca menos a la elucidación del "por qué" y del "cómo" del individuo que la personología. Cuando el caracterólogo —al calcular los rasgos para establecer tipos o al establecer sobre prioridades generales una apacible tipología— determina cierto número de categorías caracterológicas, es evidente que se trata de generalidades, de correlaciones que existen de manera general entre los rasgos.

El problema de la individualidad comienza cuando se quiere encajar a un sujeto en tal clasificación, pues se sabe hasta qué punto es difícil una operación así, que siempre es arbitraria. En el fondo, la caracterología no se interesa mucho por el individuo. El encajarlo en un tipo es, *ipso facto*, negarse a elucidar su ser, su sistema personal (Filloux, 1989).

¿Cultura y personalidad o cultura y carácter?

Una vez revisados los conceptos de “carácter” y “personalidad” puede concluirse que no es posible hablar de “cultura y personalidad” como lo hizo la escuela norteamericana, pero sí de cultura y carácter.

Véanse dos ejemplos. Kardiner (1939/1982) definió la *personalidad de base*, una configuración psicológica particular propia de los miembros de una sociedad dada y que se manifiesta por cierto estilo de vida sobre la cual los individuos bordan sus variaciones singulares. Esta especie de “matriz”, que constituye el fundamento de la personalidad para todos los miembros del grupo, se puede analizar desde cuatro puntos de vista: 1) técnicas comunes de pensamiento destinadas a hacer frente a un mundo físico y social común; 2) sistemas de seguridad, de defensas institucionalizadas, que le permiten al individuo hacer frente a las ansiedades; 3) implantación de un superyó, y 4) actitudes frente a seres sobrenaturales. Pero todo esto es compartido. Por lo tanto, estamos hablando de un *carácter de base*.

Ya antes, Linton (1936/1967) propuso llamar “personalidad estatutaria” a la de base, diversificada en función de un estatus subcultural, y parece admitir que cada sociedad posee, al lado de su propia personalidad de base, su particular serie de personalidades estatutarias. Las conductas aceptadas formadas progresivamente por el aprendizaje social contienen todas las conductas que corresponden a la posición del individuo en su contexto. De aquí surge la importancia de los estudios en la identificación de los papeles sociales, que pueden definirse como la suma de las formas culturales de conducta asociadas a un estatus particular. Linton distingue los papeles generales prescritos a todos, y los papeles particulares propios de las categorías profesionales, específicas e incluso ocasionales. Los primeros, al imponerse a los miembros de un grupo en su totalidad, ejercen su acción un poco a la manera de las disciplinas de base que emanan de los padres; pero los segundos modelan más al “personaje” que a la “persona”. Parece que el personaje puede echar raíces más o menos profundas en las estruc-

turas de la personalidad, por lo que sólo el análisis psicológico de casos singulares podrá decir si verdaderamente el papel estatutario particular se identifica o no con un rasgo característico de la personalidad. Aquí parece legítimo hablar de una personalidad; sin embargo, sigue considerándose algo compartido, y por lo tanto se está en presencia de un *carácter* estatutario.

La personalidad en la cultura

De acuerdo con Allport (1982), sería más adecuado hablar de “la personalidad en la cultura”. Esta idea presenta todos los problemas legítimos y tiene el mérito de dar a entender que estos pueden solucionarse mediante el estudio de las relaciones que el sistema personalidad, completo en sí mismo, mantiene con los contenidos culturales y sociales, los cuales pueden a su vez considerarse como sistemas de distinto orden.

De manera general, todo concuerda para hacernos admitir la dependencia fundamental de la personalidad frente a la cultura. El individuo está siempre inmerso en un medio histórico y social que más o menos “absorbe” bajo la especie de su comportamiento cultural. La formación de las estructuras dinámicas de la personalidad (superyó, ideal del yo, actitudes y motivaciones hacia los diversos valores) es inseparable de las condiciones culturales específicas en las que se lleva a cabo. Mejor aún, tales condiciones culturales no confieren tan sólo a las experiencias individuales su importancia y su tonalidad, sino que determinan su forma particular.

En las sociedades modernas, el campo cultural es muy complejo y diversificado, de tal manera que lo cultural no es sino la forma en movimiento de un gran número de núcleos subculturales. En estas condiciones, sería peligroso postular el isomorfismo de la personalidad y del tipo de cultura, como si el individuo no hiciese sino recibir una “huella”, como si la personalidad no fuese sino un “reflejo”.

Sería erróneo interpretar la singularidad únicamente por la reactividad o la libertad individual. Al admitir desde un principio una gran diversidad posible de influencias culturales y sociales que actúan directa e indirectamente, al situar explícitamente al individuo en el marco real de grupos y clases que se traslapan al entrar en interacción, es posible darse cuenta de que la misma sociedad crea las condiciones reactivas que diversificarán las respuestas a las distintas demandas que impone.

La causalidad social no se ejerce jamás sobre un individuo “virgen” de toda influencia social preexistente, y la multiplicidad de los grupos con los que a lo largo de la vida debe entrar en interacción —incluso ya durante su infancia— es responsable *ipso facto* de un elemento de contingencia en las transformaciones de la conducta que construyen poco a poco la personalidad. De esta manera, la “huella social” se encuentra en los hechos aun cuando la misma sea explicable en función de las condiciones culturales y subculturales precedentes. Inclusive aquí se encuentra una dialéctica evolutiva; reconocerla debe conducir a comprender mejor la verdadera naturaleza de la enculturación y la realidad de las diferencias individuales (Allport, 1982).

EL CARÁCTER EN ERICH FROMM

De acuerdo con Fromm, el carácter es una estructura total que se manifiesta en una orientación, determinada por todos los rasgos que la componen. Es además el factor dinámico de la conducta. Los rasgos se derivan de la estructura total y “deben interpretarse como un síndrome que resulta de una organización particular o de una orientación del carácter”. El estudio del carácter trata de “las fuerzas que motivan al hombre”. La naturaleza de esta motivación estaría en conexión directa con los mecanismos inconscientes que evidencia el psicoanálisis (Fromm, 1947/1985).

Su caracterología va de lo general a lo particular para regresar a lo general. Elabora su teoría basado en la influencia sociocultural, luego estudia casos particulares (que tomarían en cuenta la personalidad) para después encontrar similitudes que conformarán el “carácter social”.

El carácter social frommiano es dinámico, pues lo sociocultural está en constante movilidad y tiene su propia historia, y su método no soslaya lo biográfico ni la autoestimación; de ahí que tal sistema sea interpretado a veces como una personología. Sin embargo, tampoco se le puede ver así puesto que se trata de un constructo social, ente compartido y determinado por lo adquirido; de tal modo, resulta ser una caracterología.

El interés principal de Fromm era la estructura libidinal del ser humano como un ser socializado. Observó la existencia de una estructura libidinal de la sociedad dependiente de la situación psicoeconómica, pues la experiencia de la vida en común del grupo es determi-

nada por las condiciones económicas, políticas y sociales, que le son igualmente válidas. Esto, expresado en términos de la sociedad, significa que esa experiencia no sólo tiene una estructura particular económica, social, política y cultural, sino que también tiene una estructura libidinal correspondiente. Fromm llamaría “carácter social” a esta estructura de la sociedad, apoyado en el concepto freudiano de carácter.

El carácter social

Para Fromm (1955/1976), el individuo debe ser comprendido como socializado *a priori*, y así la psique debe entenderse como desarrollada y determinada a través de la relación del individuo con la sociedad: “El problema central de la psicología es el de la especial forma de conexión del individuo con el mundo y no el de su satisfacción o frustración de determinados deseos instintivos” (Funk, 1993, p. 158).

La percepción de que la estructura libidinal resulta de la adaptación a la experiencia de vida le llevó a una nueva conceptualización de la teoría de fuerzas, según la cual los fenómenos psicológicos se desconectan de sus fuentes físicas, del impulso sexual, y adquieren independencia como “impulsos psicológicos”.

Tal revisión del psicoanálisis quedó manifestada en una nueva terminología. Fromm llamó “caracterología” a la teoría de los impulsos; la estructura de los impulsos devino estructura del carácter; los impulsos se convirtieron en rasgos de carácter, y el impulso instintivo fue conceptualizado como necesidad psicológica (en contraste con las necesidades fisiológicas). La estructura libidinal de la sociedad pasó a ser el carácter social, y, en lugar de la libido, Fromm —como Jung— ahora se refería a la energía psíquica (Funk, 1993).

Así, los mecanismos básicos de la formación del carácter vienen determinados por las dos vías de relación del hombre con el mundo: vía objetos y vía interpersonal. Al primer tipo de relación, mediatizado por las relaciones sociales, lo denomina Fromm (1955/1976) “proceso de asimilación”; al segundo, “proceso de socialización”. Ambos procesos aparecen, en primer lugar, dentro de la célula familiar, a la que Fromm considera como la “agencia psíquica” de la sociedad. De aquí derivará el concepto de “carácter social”, que pasa a ser el concepto que resume su hipótesis antropológica de interacción psicosocial.

En el proceso de asimilación, el hombre puede asimilar las cosas para su propio uso recibéndolas pasivamente, lo que implicaría un carácter *receptivo*; tomándolas por la fuerza, o carácter *explotador*; acumulando cuanto tiene, o *acumulativo*, o produciendo con su trabajo lo que necesita, o carácter *productivo*.

En el proceso de socialización, puede relacionarse con los demás de manera simbiótica (sádica o masoquista), en formas puramente destructivas, de un modo narcisista o de manera amorosa (Fromm, 1947/1985). Señala Funk (1989): “El carácter social es pues el intermediario entre la base económica y las ideas o ideales, y por consiguiente es una entidad independiente entre la base y la superestructura que nunca puede ser desatendida” (p. 168). De ahí que “las ideologías y la cultura en general están arraigadas en el carácter social, que el carácter social en sí mismo se conforma, se moldea, por el modo de existencia en una sociedad dada, y que los rasgos predominantes de carácter a su vez se convierten en fuerzas productivas que dan forma al proceso social” (Fromm, 1941/1984, p. 323).

Nuestro autor demostró esta interrelación entre la estructura económico-social, el carácter social y la cultura. Para ello, parte de una pregunta sociobiológica: ¿Qué vínculos hacia el mundo, personas y cosas debe y puede el ser humano desarrollar para poder sobrevivir, dada su dotación específica (biológica) y la naturaleza del mundo que le rodea? Y contesta desarrollando su teoría de las necesidades existenciales (Lenkerd, 1993).

Las necesidades

El sistema “carácter” es para Fromm un sustituto del aparato instintivo del animal. Pone en relación necesidades con realidad, orientando la conducta a través de una significación dada al contacto.

No es pues la libido la base de la caracterología frommiana, sino los modos de relación social, es decir, los modos de producción, que a su vez determinan los modos de satisfacer las necesidades existenciales y los tipos de relaciones interpersonales: “En el sentido dinámico de la psicología analítica se denomina carácter la forma específica impresa a la energía humana por la adaptación dinámica de las necesidades de los hombres a los modos de existencia peculiares de una sociedad determinada” (Moreno, 1983, p. 294). Es un concepto relacional, con la particularidad de que la relación entre las variables es recíproca, y así, aunque la “forma” específica o estructura que constituye el carácter

es dependiente de los modos sociales, estos tienen una dependencia respecto a la misma estructura de la energía humana, o necesidades propias de la existencia del hombre que tienen carácter de fuerzas operantes.

Fromm aplica los descubrimientos del psicoanálisis, la dinámica de lo inconsciente y los fenómenos de la defensa y la resistencia a escala social. Lo hace desde un punto de vista sociológico, en donde las necesidades del individuo se comprenden como un reflejo de la sociedad, de modo que los rasgos de un individuo no son aspectos adicionales de él mismo sino más bien lo opuesto. El individuo sólo puede ser comprendido adecuadamente como una modificación de la sociedad: “Mis necesidades son principalmente un reflejo de la sociedad, en tanto que mi inconsciente está socialmente determinado y, por consiguiente, reflejo y llevo a cabo las expectativas ocultas y los deseos, temores, luchas de la sociedad en mis propias luchas” (Funk, 1993, p. 155).

Si para Fromm (1947/1985) no son los impulsos sexuales sino las necesidades psicológicas —privativas de los seres humanos— las fuerzas fundamentales que determinan el pensamiento, sentimiento y comportamiento, entonces, ¿cuál es su origen, en qué forma aparecen y cuál es su fuente de energía? El hombre es un ser contradictorio caracterizado “por la dicotomía entre ser parte de la naturaleza, sujeto a todas sus leyes y, al mismo tiempo [trasciende] la naturaleza” (Funk, 1993, p. 162) por medio de su capacidad para la imaginación y debido a su conciencia de sí.

Esta dicotomía existencial es la fuente de la energía psicológica, pues crea necesidades privativas del hombre y por las cuales cada persona debe hacerse responsable. Así, para Fromm hay necesidades psicológicas independientes que son gobernadas por leyes propias no reducibles a necesidades fisiológicas o impulsos. Dichas necesidades psicológicas deben ser satisfechas; el modo como se satisfacen está condicionado socialmente y es internalizado a través de la familia como agente de la sociedad. Su satisfacción viene a sustituir la relación instintiva con el mundo.

La satisfacción *productiva* o *improductiva* de las necesidades psicológicas determina el crecimiento y el desarrollo de las posibilidades psicológicas, así como de la salud o enfermedad psíquica. Las alternativas de una solución productiva o no productiva, biofílica o necrofílica, el ser o el tener, suscitan el progreso o la regresión del sistema psicológico.

Fromm (1941/1984, 1947/1985, 1955/1976) especificó varias necesidades psicológicas, siendo una de ellas la necesidad de *relación*, que fue la base para elaborar su trabajo acerca del carácter social. La necesidad psicológica de relacionarse puede ser satisfecha productivamente por una orientación amorosa, o improductivamente por una narcisista.

Una segunda necesidad es la de *trascendencia*, que no implica algo religioso sino la necesidad inalterable “de trascender el papel de la criatura, lo accidentado y pasivo de su existencia convirtiéndose en un creador”. Si esta necesidad no es satisfecha creativamente, entonces el individuo intenta trascender mediante la destructividad.

Una tercera necesidad psicológica es la de *arraigo*. En su gratificación regresiva, tiende hacia los lazos incestuosos con la madre, los antepasados, la tierra, la patria, la Iglesia, la naturaleza y demás, mientras que la orientación productiva de arraigo tiene como meta la fraternidad, el humanismo universal.

Una necesidad más es la de un sentido de *identidad* al cual cada individuo debe responder. Si la respuesta es productiva, entonces tiende hacia la individualidad, mientras que la respuesta regresiva persigue apasionadamente el conformismo y se rige por las leyes del rebaño.

Entre las necesidades también se halla la de contar con un *marco de orientación* y un *objeto de devoción*, que se enfoca hacia la búsqueda de sentido (el *significado de la vida*), tal como el fenómeno de la religión o la necesidad de una visión del mundo y de un modo de pensar. Esa necesidad puede ser gratificada por medio de respuestas racionales o irracionales, por una orientación hacia la razón o por una regresión hacia la irracionalidad.

Hay otras necesidades psicológicas referidas por Fromm (cfr. Moreno, 1983), entre las cuales se encuentra la de raigambre o *pertenencia*, que alude a la participación en aquellas ideas, valores o normas sociales que ofrecen al individuo un sentimiento de comunión; es, pues, la necesidad compulsiva de evitar el aislamiento. Asimismo, la necesidad de *unidad*, que trata de restablecer el sentimiento de unidad entre sí y el resto del mundo natural y humano; el único camino hacia la unidad es el desarrollo pleno de la razón y el amor; hacerse plenamente humano es llegar a la unidad con el hombre y con la naturaleza. La necesidad de *efectividad*, que es sentirse capaz de hacer algo, de afirmar que uno está vivo y funcionando, que es un ser humano capaz de

producir un efecto. Por último, la necesidad de *estimulación*, referente a los estímulos activadores que hacen a la persona interesarse por el objeto, que se mantienen a través de la respuesta activa o productiva y que producen un empeño.

EL CARÁCTER CULTURAL

De acuerdo con Moreno (1983), para Fromm no existe sociedad en general, sino estructura social concreta con funcionamiento específico y característico; pero cuando se refiere a las condiciones objetivas que la definen, hablará de métodos de producción que dependen a su vez de la materia prima, las técnicas industriales, el clima o la densidad de la población, así como de factores políticos y geográficos y tradiciones e influencias culturales a las que la sociedad está expuesta.

Con esto, Fromm comienza a perder de vista el análisis socioeconómico en términos de fuerzas sociales, y con ello a quedarse, en la práctica, en la frontera de las consideraciones psicológicas superficiales de orientación ambientalista. Así, dice Moreno (1983), frente a la riqueza que aporta la consideración marxista del trabajo —que constituye la vía regia de análisis de la realidad en su conexión íntima con la conducta del hombre y, por tanto, con su naturaleza—, Fromm se queda en extrapolaciones vagas que pueden ser ciertas, aunque parciales, acerca de las necesidades sociales del trabajo, como la disciplina, el orden y la puntualidad que caracterizan a la sociedad industrial.

Sin embargo, ésta es para nosotros la puerta que Fromm abre y que nos permite construir el carácter cultural a partir de las necesidades psicológicas de *arraigo*, *sentido de la vida* y *pertenencia* por él planteadas, las que abordaremos desde un punto de vista histórico-cultural y desde una sociedad no industrial.

Antes, revisaremos los conceptos de “cultura” y “tradición”, mismos que serán fundamentales para nuestra construcción teórica del carácter cultural.

CULTURA Y TRADICIÓN

Los conceptos de “cultura” y “tradición” constituyen la referencia más importante para la formulación del carácter cultural. La cultura es considerada como un instrumento de adaptación al propio medio (Cohen,

1968); una relación sociedad-naturaleza mediada por el trabajo (Fábregas, 1991); el comportamiento aprendido y compartido con fines de crecimiento y adaptación social e individual; el conocimiento, valores, costumbres y creencias y obras materiales (Marsella, 1988), todo ello simbolizado y transmitido socialmente a través de la historia (Fábregas, 1991). En otros términos, “cultura” es la materialidad de la historia, visible a través de las instituciones donde se organiza la vida social de los hombres, de los objetos producidos y de las ideologías que corresponden a ese modo de producción y creación. Según Mead (cfr. Merani, 1986, p. 157), “designa tanto las tradiciones artísticas, científicas, religiosas y filosóficas de una sociedad, como sus técnicas propias, sus costumbres políticas y los mil usos que caracterizan su vida cotidiana”.

A su vez, la idea de “tradicición” implica la conformidad a las reglas de conducta socialmente prescrita, la adhesión al orden específico de la sociedad y de la cultura en cuestión, el rechazo o la incapacidad de concebir una alternativa y de romper con los mandamientos válidos para el pasado (Balandier, 1975).

Carácter cultural

Si pensamos que hay necesidades y pautas profundamente arraigadas en la cultura, se puede plantear la existencia de algo parecido a lo inconsciente cultural y, si lo hay, bajo qué pautas se desarrolla y si puede ser investigado como se hace con lo inconsciente individual. Es decir, si aceptamos que en la cultura también existe lo inconsciente cultural, el próximo paso sería liberarse de una concepción errónea de la cultura.

En este trabajo interesa el carácter del ser humano como un ser “culturizado”. Podremos así apreciar una estructura caracterial de la cultura dependiente de la situación psicocultural, pues la vida comunitaria estaría determinada por las condiciones histórico-culturales del grupo en estudio. Lo anterior, en términos de la cultura, significa que ésta no sólo tiene una particular estructura, sino que tiene asimismo una estructura caracterial correspondiente. De tal modo, los fenómenos psicoculturales serán accesibles a través de una comprensión de los deseos comunes. Lo inconsciente mismo de la cultura será el objeto de estudio.

De acuerdo con Fromm, el problema central de la psicología es el de la forma especial de relación del individuo con el mundo y no el de la satisfacción o frustración de sus deseos pulsionales (cfr. Funk, 1993).

En esa forma de relacionarnos con el mundo podemos considerar dos niveles de organización y participación: el social y el cultural. En el nivel de la organización social, el individuo debe ser comprendido como socializado *a priori*, y la psique debe considerarse desarrollada y determinada a través de la relación del individuo con la sociedad. En el nivel de organización cultural, la persona deberá ser comprendida como “culturizada”, y así la psique también deberá ser entendida como desarrollada y determinada mediante la relación de la persona con su cultura y su historia.

Cuando Fromm (1941/1984) conceptúa el impulso instintivo como una necesidad psicológica, la estructura libidinal de la sociedad deviene el carácter social. Con el mismo esquema, pero en el ámbito cultural, la estructura “libidinal” de la cultura será para nosotros el carácter cultural.

La base de la caracterología frommiana son los modos de producción, que a su vez determinan los modos de satisfacer las necesidades existenciales y los tipos de relaciones interpersonales (Moreno, 1983). La de la caracterología cultural será el modo de organización cultural, esto es, las formas históricas de creación material y espiritual de una cultura, que también determinan los modos de satisfacer las necesidades psicológicas y las relaciones interpersonales. Para Fromm, carácter es la forma específica impresa a la energía humana por la adaptación dinámica de las necesidades a los modos de existencia peculiares de una sociedad determinada. En nuestro caso, el carácter cultural será la forma impresa a la motivación humana por la adaptación dinámica de las necesidades psicológicas a la historia y a los modos de existencia de una cultura dada. Si para cada sujeto el carácter tiene la función subjetiva de llevarle “a actuar según lo que es necesario para él desde un punto de vista práctico, y además de proveerle psicológicamente de la satisfacción derivada de su actividad” (Funk, 1993, p. 169), podemos sustentar que, por su función, el carácter cultural interioriza necesidades externas y encauza la motivación humana hacia las tareas requeridas por una cultura dada y su historia.

Fromm (1955/1976) aplicó a escala social los descubrimientos del psicoanálisis. Lo hizo desde un punto de vista sociológico en el cual las necesidades del individuo se comprenden como un reflejo de la sociedad. El individuo sólo puede ser entendido adecuadamente como una modificación de la sociedad. Y aunque la forma específica del carácter social es dependiente de los modos sociales, éstos tienen una

dependencia respecto de las necesidades propias de la existencia del hombre, que tienen carácter de fuerzas operantes (Moreno, 1983).

Aquí aplicaremos la dinámica de lo inconsciente a una escala cultural, en la que las necesidades del individuo se interpretarán como reflejo de su cultura. La persona será comprendida como una modificación de la cultura. Si bien la forma que constituye el carácter cultural es dependiente de los modos de organización cultural, estos últimos dependen a su vez de las necesidades psicológicas del hombre, que son motivaciones operantes.

Desde un punto de vista cultural, las necesidades de la persona también son reflejo de la cultura y su historia. Su inconsciente está culturalmente determinado y, por ende, refleja y lleva a cabo las expectativas ocultas, la ideología, los deseos, temores y luchas de la cultura en sus propias luchas. Así como el carácter social es el intermediario entre la base económica y las ideas —y por consiguiente es una entidad independiente entre la base y la superestructura (Funk, 1993)—, el carácter cultural será el intermediario entre la infraestructura cultural y los ideales culturales, una entidad independiente entre la cultura material y la espiritual.

Así pues, la historia y la cultura están arraigadas en el carácter cultural; el carácter cultural en sí mismo se conforma por el modo de existencia de una cultura dada, y los rasgos predominantes de carácter se convierten a su vez en fuerzas creativas que dan forma al proceso cultural. Buscaremos demostrar esta interrelación entre la creatividad, el carácter cultural y la cultura.

Antes vimos que, para su estudio, Fromm partió de una pregunta sociobiológica: ¿Qué vínculos hacia el mundo debe y puede el ser humano desarrollar para poder sobrevivir, dada su dotación específica y la naturaleza del mundo que le rodea? Nosotros buscaremos explicar e interpretar los porqués y los cómo de las necesidades y valores a partir de una pregunta histórico-cultural: ¿Qué vínculos hacia el mundo (personas, ideales y cosas) deben y pueden las personas desarrollar para sobrevivir, dada su cultura y su historia?

También vimos cómo, al estructurar el carácter social, Fromm se refiere a la orientación o actitud con que un sujeto se enfrenta a los objetos (asimilación), a los sujetos (socialización) y a sí mismo (Moreno, 1983). De igual modo, al conformar el carácter cultural, nos referiremos a la orientación con que una persona se enfrenta a las creaciones materiales (arraigo) y espirituales (sentido de la vida) de su cultura y a

las demás personas (pertenencia) desde una perspectiva histórica. Consideramos que asimismo estos procesos suceden, en primer lugar, dentro de la célula familiar según su cultura. De aquí derivaremos el concepto de carácter cultural, que será el concepto que resume una hipótesis de interacción psicocultural e histórica. En nuestro caso, los tipos de carácter cultural se basarán en el estudio de la historia del grupo, de sus valores culturales y del análisis psicológico de sus formas de arraigo, sentido de la vida y pertenencia. Nuestra teoría del carácter cultural integrará datos histórico-culturales y psicológicos.

Las necesidades psicológicas

Las necesidades psicológicas son motivaciones fundamentales que determinan nuestro pensamiento, sentimiento y actividad. Nos caracterizamos por la dicotomía entre ser parte de la naturaleza y, al mismo tiempo, por trascenderla mediante nuestra capacidad para la imaginación y debido a la conciencia de nosotros mismos. Tal dicotomía es la fuente de la motivación psicológica, pues crea necesidades por las cuales cada uno debe hacerse responsable. Así, las necesidades psicológicas, gobernadas por leyes propias, deben satisfacerse; el modo como se satisfacen está condicionado socialmente y es internalizado a través de la familia. Su satisfacción viene a sustituir la relación instintiva con el mundo.

En este trabajo juzgamos que también hay necesidades psicológicas cuyo modo de satisfacción está condicionado cultural e históricamente. Para nuestros fines, pensamos que, de las necesidades especificadas por Fromm (1947/1985), tres de ellas pueden ser útiles para conformar de manera preliminar el carácter cultural. Las mencionaremos brevemente y dejaremos para un artículo posterior su desarrollo conceptual.

Ya se habló líneas atrás de la necesidad psicológica de *arraigo*, por lo que no abundaremos más aquí. Otra es la necesidad de tener un marco de orientación y un objeto de devoción, y se enfoca hacia la busca de *sentido a la vida*, como la religión o la necesidad de una visión del mundo y un modo de pensar; esta necesidad —ya lo vimos— puede ser gratificada por medio de respuestas racionales o irracionales, por una orientación hacia la razón o una regresión hacia la irracionalidad. Por último, la necesidad psicológica de raigambre o *pertenencia*, la que se referirá a la participación en aquellas ideas, valores o normas culturales que ofrecen al individuo un sentimiento de comunión (Moreno,

1983) y que sería una forma de identidad psicocultural; su gratificación regresiva tendería hacia el rechazo a otras formas de pensar, a la intolerancia hacia la diferencia, a la xenofobia o el racismo.

Serán estas necesidades psicológicas las que nos ayudarán a conformar el carácter cultural. La orientación del carácter estará dada por las categorías tradicional y no tradicional. A la manera de Fromm, quien buscó la productividad o improductividad del carácter social, nosotros determinaremos lo creativo y lo no creativo del carácter cultural.

Desde luego, el desarrollo del carácter cultural será diferente en cada cultura, y los individuos más creativos serán los que hayan desarrollado todas las necesidades y los que hagan mejor uso de sus motivaciones para crear, amar y vivir en forma plena.

Así, se trata de un trabajo de psicología cultural. Ésta busca investigar cómo algunas actitudes psíquicas compartidas por los miembros de un grupo se relacionan con la experiencia de la vida en común.

La experiencia de vida compartida se refiere principalmente a las condiciones culturales, históricas, ecológicas, económicas y políticas que determinan el modo de vida para el grupo. En este caso, buscaremos interpretar las actitudes psicológicas culturalmente relevantes y compartidas, así como las ideologías —en especial sus raíces inconscientes— en términos de la influencia de los factores históricos sobre las necesidades. Será, pues, una psicología cultural analítica que va en pos de interpretar los fenómenos psicoculturales desde la situación histórico-cultural. Al concebir la teoría frommiana como teoría de las formas humanas de creatividad, ésta se tornará en una teoría del carácter cultural.

REFERENCIAS

- Allport G W. (1982). *¿Qué es la personalidad?* Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Balandier, G. (1975). *Antropológicas*. Barcelona: Península.
- Cohen, Y.A. (1968). Culture as adaptation. En Y. A. Cohen (Ed.): *Man in adaptation. The cultural present* (pp. 349-360). Chicago: Aldine.
- Esteve F., C. (1978). *Cultura, sociedad y personalidad*. Barcelona: Anthropos.
- Fábregas, A. (1991). Historia y cultura. En Gobierno del Estado de Chiapas (Ed.): *Una reflexión teórica antropológica*. Tuxtla Gutiérrez, Chis. (México): Editor.
- Filloux, J-C. (1989). *La personnalité*. Paris: Presses Universitaires de France.

- Fromm, E. (1941/1984). *El miedo a la libertad*. México: Paidós.
- Fromm, E. (1947/1985). *Ética y psicoanálisis*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E. (1955/1976). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E. y Maccoby M. (1970). *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Funk, R. (1993). La aproximación de Fromm a la teoría psicoanalítica y su relevancia para el trabajo terapéutico. En Instituto Mexicano de Psicoanálisis (Ed.): *El carácter social, su estudio, un intercambio de experiencias* (pp. 151-178). México: Editor.
- Kardiner, A. (1939/1982). *El individuo y su sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lenkerd, M. (1993). Carácter social: el trabajo empírico y teórico de Fromm visto por Michael Maccoby. En Instituto Mexicano de Psicoanálisis (Ed.): *El carácter social, su estudio, un intercambio de experiencias* (pp. 179-190). México: Editor.
- Linton, R. (1936/1967). *Estudio del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marsella, A.J. (1988). Cross-cultural research on severe mental disorders: Issues and findings. *Acta Psychiatrica Scandinavia*, 78(suppl. 344), 7-22.
- Merani, A.L. (1986). *Estructura y dialéctica de la personalidad*. México: Grijalbo.
- Moreno, F. (1983). *Hombre y sociedad en el pensamiento de Fromm*. México: Fondo de Cultura Económica.